

más, ha asegurado que «la Administración Central siempre nos ha mimado». Curiosamente, las declaraciones del alcalde no han aparecido en Sevilla, sino en Madrid, en la revista «Blanco y Negro». Desde que Queipo de Llano dijo «buenas noches, señores» por primera vez, lo normal era que los alcaldes hicieran extensas declaraciones a la prensa local tras su designación digital. Con el señor Parias la tradición se quebró en una ciudad tan tradicional como Sevilla; sólo el remozado y romeriano vespertino del Movimiento, «Sevilla», trajo las declaraciones de rúbrica. El relevo en la alcaldía tras la dimisión de don Juan Fernández se hizo en un hermetismo muy significativo: toda la ciudad preguntándose por qué se producía el cambio, mientras que en muy altas esferas la extrañeza era marginada a base de agradecimiento de servicios prestados y rutinarios relevos en el mando. Parece como si los primeros en despreciar la identidad del Sur y mostrarse servilmente hechizados por el centralismo fueran los protagonistas de la política sevillana en la democracia orgánica: todas las declaraciones más o menos relevantes de Fernández y de Parias en este asunto se produjeron en Madrid, a periódicos o revistas de Madrid, y parecían como si quisieran explicar educadamente la cuestión a la gente de Madrid, que por lo visto es la única que se interesa por la política en este país.

La contestación a lo de la «niña bonita» en esta lotería de las auto-complacencias no se ha hecho esperar. No ha sido el liberal «ABC» sevillano (hasta ahora francamente remiso con la figura del nuevo alcalde) ni el progresista «Correo de Andalucía» quien ha levantado

la voz, sino el movimientista «Sevilla». Por boca de su director ha dicho: «De niña bonita nada, señor alcalde». Y ha recordado otros feos números de la lotería, los dos patitos, etcétera: que Sevilla lleva veinticinco años tratando de librarse del dogal urbanístico del ferrocarril; que igual tiempo hace que se clama por el canal a Bonanza, que según descubrió un día Eduardo Barrenechea ni es canal ni llegará nunca a Bonanza; que aún no se ha recuperado la ciudad de la inundación del Tamarquillo de 1961, la célebre de Boby Deglané, la «operación Clavel», el «chiquito pero matón» y el estigma sangrante de los refugios inhumanos...

Incluso hace el «Sevilla» toda una teoría del catastrofismo de la postguerra española. Todas las ciudades con catástrofes (Santander con el incendio, Cádiz con la explosión, Valencia con las inundaciones, hasta el berlanguesco Ribadela) supieron sacarle buenas ganancias a las lágrimas de cara a la Administración Central. A Sevilla, a raíz de aquella inundación de 1961, se la contentó con bien poco: con el nombramiento de don Pedro Gual Villalbí como oficioso «ministro de Sevilla». Un ministro, y arsa y olé, que es lo nuestro.

Sería ocioso, por repetido, citar de nuevo aquí las cifras y los datos del atraso de Sevilla en vivienda, en escuelas, en paro, en analfabetismo, en emigración, etcétera. Pero nada de eso sirve. A la hora de la verdad, si algo ha cambiado en Sevilla es que ha dejado de ser «la perla agarena del Guadalquivir» para convertirse en «la niña bonita de la Administración Central». ¡Y viva Madrid, que es la Corte, como cantaba don Antonio Chacón con voz de falsete y vestido de esmoquin! ■ ANTONIO BURGOS.

## ASTURIAS

# El Día de la Cultura

«No pretendemos un festival pop, queríamos y queremos una verdadera fiesta cultural del pueblo asturiano». Eso me decía uno de los organizadores del **Día de la Cultura**, que en su cuarta celebración transcurrió caluroso y multitudinario en Los Maizales, el domingo 10 de agosto.

Gentes procedentes de distintos lugares de la región —con profusa abundancia de las zonas industriales— se dieron cita en Gijón, en esta especie de romería cultural a pesar de que la autorización para su celebración no la tuvieron sus organizadores, los activos miembros de la Sociedad Cultural Natahoyo, has-

ta dos días antes de su celebración, con lo que quedó bastante disminuida su difusión. Sin embargo, y desde primeras horas de la mañana, comenzó a llegar público al recinto —una frondosa carbayeda situada a las afueras de Gijón—, cuya entrada era libre y gratuita. Familias con su comida a cuestas, grupos de jóvenes, miembros de excursiones expresamente fletadas, comenzaron a esparcirse por los prados a la busca del lugar idóneo para comer y participar del espectáculo. Pero también había que darle a las piernas, abundaban unos improvisados tenderetes cargados de libros a precios muy asequibles —muchos de ellos de edi-

toriales periféricas— y cuyos temas más frecuentes eran ciencias sociales, literatura, historia y folklore. Vamos, toda una mini-Feria del Libro. Los carbayos estaban vestidos de numerosos «slogans», de esto y de aquello, de Asturias y de la cultura popular; en otros colgaban murales de pintura «terrorista», obra de artistas anónimos.

Estos días está tomando cuerpo en Asturias todo un movimiento reivindicativo, que bajo el lema de **puxa Asturias** intenta, entre otras cosas, la resurrección del bable como vehículo idiomático asturiano. Este movimiento, que ha renacido con gran fuerza, tiene unos fines más amplios, tales como el reencuentro y el reconocimiento del regionalismo asturiano a todos los niveles. Sin embargo, hay bastantes, y en casos, fundadas reticencias acerca de la pretensión de la enseñanza de la «llingua» en las escuelas; decía un catedrático ovetense: «Puestos a resucitar, ¿por qué no resucitamos el latín?». Pues bien, los bablistas que, agrupados en lo que se conoce como Conceyu Bable, siguen su labor indomitable, también habían tomado el recinto y allí tenían su improvisado «stand», donde informaban a quien quería oír y vendían los contados libros que hay sobre la materia. De todas formas y al margen de las naturales polémicas creadas por lo que algunos llaman «la resurrección del muerto», está tomando fuerza en Asturias la concienciación como región con características y problemas específicos, y lo que se intenta necesita del esfuerzo coordinado de las distintas sociedades culturales actuando en un frente homogéneo. Lo que se hace ahora, a trancas y a barrancas, tiene su papel protagonista en este tipo de sociedades o movimientos que, encuadrados en diferentes estratos sociales, contribuyen con sus esfuerzos imprevistos y continuamente frenados —cuando no silenciados— a una evaluación cultural y social de la región. Un ejemplo es la sociedad organizadora y cuantas con ella colaboran para hacer posible estos **Día de la Cultura**, que ya no pueden ser considerados como un acto festivo más, sino como un acontecimiento que demuestra la preocupación que por la cultura, como medio liberador, se está tomando en este tiempo gris que empieza lentamente a destefarse.

Todo esto era motivo de charlas en numerosos grupos, al refresco de los carbayos y de la sidra. Todo esto y más: la atonía e ineficacia de la Universidad en estos intentos, el cuento de nunca acabar de la infraestructura viaria, los graves problemas laborales y el consiguiente número de etcéteras propios de la situación del país. Y así, a media tarde, trabajadores, estudiantes, ar-

tistas, intelectuales, gentes de capas medias: pueblo, se preparaban para presenciar el espectáculo musical y teatral que cerraba la jornada. En la mañana se habían celebrado concursos de pintura y dibujo.

A las 6 de la tarde arrancó a cantar el «Tordín de Frieres», uno de los ídolos de la canción tradicional asturiana; le siguieron otros, orfeones y artistas regionales. A continuación, el grupo de teatro gijonés Gesto representó la obra original de Oswaldo Dragún, «Historias para ser contadas». Siguieron los cantantes invitados de otras regiones hermanas: los gallegos Benedicto y Bibiano, a los que el público jaleó constantemente. Fernando Unsain cantó en castellano y en euskera con una tremenda fuerza («Una vez había un pájaro que cantaba, le cortaron las alas, le cortaron las patas, le cortaron el pico. El pájaro siguió cantando»). Aquí estaba también Rosa León, tan expresiva, tan humana, tan prohibida... Y ya como fin de fiesta, Ana Belén y Víctor Manuel. Ana, cantando, es dulzura y es ciclón; la gente que va a ver la figura mitificada en las pantallas goza de una gran cantante. A Víctor hay que oírle cantar en Asturias para comprobar hasta qué punto hombre y tierra se funden, el enorme paso que ha dado en poco tiempo en orden a calidad y uniformidad de sus canciones en una línea cada vez más crítica y ajustada a los tiempos que vivimos. Al final, cantantes y público se hermanaron con una canción, cerrando así una jornada sana y reconfortante de la que Asturias puede sentirse orgullosa.

Y así, aquí, tuvo lugar una fiesta cuyo protagonista fue el pueblo que la vivió, que la exprimió hasta donde pudo —o le dejaron—; fue la unión por la participación —corta y excepcional— de unas 8.000 personas, miembros de una sociedad que como la asturiana está en la busca de la potenciación de unas raíces culturales sin manipulaciones ni deformaciones. Se superaron permisos gubernativos, altavoces que funcionaban cuando querían, tendidos eléctricos provisionales que se mantuvieron de misericordia y hasta pequeños incidentes que en algún momento hicieron temer a los organizadores por la propia fiesta.

Fuerzas de orden público vigilaban la zona. Al final, el atasco automovilístico. Y la gente, con los coches abocados en el camino de salida a la carretera general que mira hacia la Universidad Laboral —la que lleva el nombre de José Antonio Girón—, hacia sonar quejosa sus bocinas. Después de una fiesta de hermandad se volvía a ver la cara de la noche, que es la de ayer, la de anteayer, la de todos los días... ■ ALBERTO DEL RIO.